

EL SILENCIO DE DIOS

El 7 de mayo de 2020, el semanario *Alfa y Omega* publicaba una reflexión de **Fernando García de Cortázar**, Catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Deusto y que titulaba “*Dios nunca está en silencio*”.

Dada la creencia tan general de que Dios, incluso en este tiempo de pandemia, está en silencio, es bueno como contrapunto escuchar la respuesta del profesor. Resumen:

1– ¿Dónde está Dios?

“Hoy, como ayer, desde el comienzo de la vida del hombre en la tierra, las grandes catástrofes naturales y las terribles tragedias históricas han ido acompañadas de nuestra mirada interrogante, levantada hacia el cielo o inclinada hacia nuestro propio corazón. La pregunta es siempre la misma, obstinada, dolorosa, acuciante. ¿Dónde están el poder y la misericordia de Dios? ¿Por qué lo permite? ¿Por qué su amor afligido no lo detiene todo, cancelando los hechos con la fuerza imparable del Espíritu? Los ateos, que nunca consideran que la felicidad es una demostración de la existencia de Dios, miran con ironía a los creyentes, porque el dolor de todos, y en especial el sufrimiento de los más débiles, ha de hacerse constar, según ellos, como una demostración clara de que Dios, el Dios omnipotente y pura bondad, es una estrafalaria superstición a la que el mundo debería dar la espalda de una vez.

2 - ¿Por qué calla Dios?

De todas las facetas de esa presunta ausencia, la que más puede dañarnos es la del silencio. ¿Por qué calla Dios? Se lo preguntan fieles angustiados, que se desconciertan ante el ruido y la furia de esta enfermedad incansable. Y la pregunta es demoleadora, porque el ateo puede tranquilizarse con su negación radical de la existencia de Dios, mientras continúa su búsqueda tenaz de divinidades alternativas. Pero el cristiano apenas puede soportar la tensión entre su fe y la sensación de abandono que supone no escuchar al Padre. Porque imaginarlo mirándonos en silencio es pensarlo de un modo que nos vacía el alma. Porque nuestro vínculo con Dios se basa en la palabra: en el principio fue el Verbo. (...) Nuestra fe se perfecciona en la lectura del Evangelio, en el estudio y admiración de las palabras pronunciadas por el Dios que se hizo hombre y vivió entre nosotros.

3 – Dios no está en silencio

Los cristianos no debemos preguntar a Dios por las razones de un proceso aterrador, en el que las responsabilidades y limitaciones de los hombres pueden unirse a todas aquellas circunstancias espantosas que hemos vivido a lo largo de los siglos. Pero los cristianos sabemos que Dios no está en silencio. Lo sentimos en nuestro interior, cuando nuestra plegaria y su respuesta se funden en una sola palabra. Rezamos con fervor por todos nosotros, por quienes sufren y están poseídos por el miedo. Por quienes padecen y pronuncian el nombre de Dios una y otra vez, porque rezar también da sentido a nuestra vida en estas horas. Oramos a sabiendas de que nuestra palabra es torpe, defectuosa, pero el nervio que la eleva está inspirado por la gracia. Hablamos y, mediante la oración, se rompe el presunto silencio de Dios. Cuando rezamos, la mirada universal de Dios se vuelve hacia nosotros, atenta y poderosa, con ternura y aflicción, con la enorme dimensión de su consuelo. Y en nuestra palabra palpita, generosa y cercana, la respuesta del Padre. No, Dios no está en silencio. Está solo a la espera de que hablemos. De rodillas, sobre esta tierra que sufre, repetiremos la oración de san Agustín: «Angosto es el habitáculo de mi alma para que podáis entrar: ensanchadlo, vos, Señor».